



LA FORTUNA

El año pasado ocurrió en la estación de las carreras de caballos, es decir, en primavera, la historia siguiente.

Nombraré la ciudad?—No, los elegantes de la villa pudieran incomodarse conmigo y echarlo á mala parte.

Como esta villa es una capital, dejo á mis lectores libres de elegir entre París, Londres, Viena, Berlin, San Petersburgo, Madrid, Roma y Lisboa.

Pero yo, para mayor comodidad de mi cuento, voy á poner la escena en Londres; precisamente porque no fué allí donde sucedió el hecho que voy á relataros.

Londres, á pesar de su gravedad, tiene como cualquiera otra capital, su río, sus carreras, sus elegantes, sus tiendas, sus curiosos: por tanto, cambiando los nombres, satisfaré todas las condiciones de la localidad.

Comenzaré por presentaros el personaje principal de esta historia, que bautizaré con un nombre esencialmente inglés: Lord Dick.

Este buen Lord tenía hace años el cetro de la moda, y jamás poder real fué mas absoluto y omnímodo que el suyo. Todo lo que habia en la corte y la villa de elegante y distinguido se apresuraba á copiarse de él con admirable precision. Adoptaba una nueva forma de frac, era un frac de dos mil ejemplares: montaba en un carruaje completamente extraño, pues por raro que fuera, cien carruajes iguales rodaban antes de terminar el mes, por las calles de la inmensa metrópoli. Si se le hubiera antojado montar sobre un caballo viejo y cojo, los caballos viejos y cojos habrían adquirido precios fabulosos en el mercado.

Lord Dick usaba y abusaba de su sastre, de su zapatero, del chalan de caballos, del que lo surtía de coches, etc., los que no se quejaban seguramente, á pesar de que siempre olvidaba pedirles sus cuentas: la voga y renombre que les procuraba era muy suficiente para indemnizarlos de los gastos que por él hacían.

Nuestro héroe, que no se arruinaba pagando á sus mercaderes, estaba sin embargo, endeudado hasta los pelos, gracias al juego, en que era poco afortunado, á las apuestas, que perdía frecuentemente, y á las exigencias femeninas, las cuales son las mismas en todos los países. Así, que aunque generoso, se veía siempre obligado, bien á pesar suyo, á responder negativamente á toda demanda de dinero.

Algunas veces, cuando se interesaba vivamente por alguno, se calentaba el cerebro, como un autor dramático que busca un desenlace para su drama, hasta que encontraba un espediente mas ó menos dichoso. Esto fué lo que le ocurrió con Sampsen, joven comerciante de muselinas, establecido en *Regent's street*, á quien en su infancia habia tenido en la pila de bautismo.

Sampsen fué introducido una mañana en el gabinete de Lord Dick.

—Ah! Milord, soy hombre perdido.

—Qué sucede, Sampsen.

—Sucede, Milord, que mis especulaciones no me han dado resultado, y que me veo en la necesidad de liquidar.

—Has quebrado?

—No, á Dios gracias. Mi activo y mi pasivo están tan bien equilibrados, que ni tengo ni debo un real.

—Gran consolacion para un negociante, Sampsen.

—Ciertamente, Milord, ciertamente: así, me es permitido ir á arrojarme al Támesis, sin tener el remordimiento de haber hecho mal á mi prójimo.

—Pues qué, estarás reducido á ese extremo?—exclamó Lord Dick alarmado.

—Tengo muger y dos niños, Milord.

—Que te imponen la obligacion de vivir...

—A quienes llegará el día que no tendré un pedazo de pan que dar.

—Es triste, en efecto... es realmente muy triste.

—Sí, Milord; aun habria un medio... pero eso seria abusar realmente de vuestras bondades...

—Ah! mi pobre Sampsen, por ahora no tengo un real. Si pudiera salvarte con un caballo ó un frac...

—Ya no tengo esperanza, Dios mio!

Y Sampsen se echó á llorar como un chiquillo.

—Perdon, Milord, si me veis llorar, pero no se abandona á sangre fria á una muger que se quiere y á unos chiquillos que se adoran.

—Otra vez esa idea! Vamos, Sampsen calma: si para tí la muerte es una tranquilidad, á tu familia no le ha de servir de gran cosa.

Estas razones parecieron convencer á Sampsen.

—Es verdad, Milord.

—Vuélvete tranquilo á tu hogar: mañana iré á verte.

Un rayo de esperanza penetró en el alma del desconsolado Sampsen.

—Ah! Milord, entreveis algun medio.

—Que el diablo me lleve si entreveo nada. Pero veinte y cuatro horas de reflexion valen mucho. Espérame mañana por la mañana.

Al día siguiente Lord Dick, cumpliendo su promesa, llegó temprano á casa del mercader, y reconoció, no sin pena, al solo aspecto de la tienda, que su ahijado no le habia exagerado su miseria. Ni espejos, ni anaquelaria, ni siquiera una silla que ofrecer á los visitantes.

—Qué habeis encontrado, Milord? exclamó Sampsen adelantándose hacia su padrino.

—Nada, muchacho, absolutamente nada.

Sampsen se quedó mirando á Lord Dick con un aire triste, como reprochándole haberle causado esta nueva decepcion.

Después de un largo rato de silencio, Sampsen llamó:

—Betty! esposa mia, ven acá.

Una muger joven, llevando en uno de sus brazos una niña de pecho y teniendo por la mano un chiquillo de alguna mas edad, bajó del piso superior.

Inútil es decir, que eran la muger y los niños de Sampsen.

El aspecto de esta triste familia conmovió el corazón de Lord Dick, pero sin sugerirle el mas mínimo expediente.

—Betty, repuso el mercader, vé á decir al vecino Johnson que venga á examinar este paquete.

Y al hablar así, indicaba con el pié un grueso paquete, mal cocido y echado en un rincon, como un objeto poco digno de atencion y de cuidado.

—Esto será, añadió Sampsen en voz baja al oido de su padrino, ocho dias de pan para ellos... porque esta noche yo no tendré necesidad...

—Qué contiene ese paquete? preguntó Lord Dick.

—Una ironia,—respondió Sampsen con amarga sonrisa;—mis acreedores, después de haber hecho vender todas mis mercancias, han tenido la generosidad de dejarme las telas en que venian envueltas, y forman el paquete que veis aquí.

—Enséñame esas telas.

—Son iguales á la que las envuelve.

Lord Dick se aproximó al paquete armado de su monoclio, y no pudo menos de hacer un gesto.

—La piel mas curtida no podria resistir camisas de esta clase.

—Esto no es bueno mas que para cubrir las parras y resguardar las uvas contra los abejarrucos.

Lord Dick con los ojos fijos en el fardo, parecia entregado á una meditacion profunda.

Sampsen continuó dirigiéndose á Betty.

—Vamos, hija mia, avisa á Mr. Johnson, á fin de que terminemos este asunto.

—Un momento, esperad, dijo el Lord, rascándose la frente, como debió hacer Júpiter cuando Minerva, armada de casco y lanza, brotó de su cabeza.

Y al mismo tiempo palpaba el género, mientras su cabeza se inclinaba ya á la izquierda, ya á la derecha, indicio de una gran perplegidad.

—Ah! suspiró Sampsen, quién podrá decir que esos groseros tegidos han encerrado por valor de diez mil libras esterlinas (cincuenta mil duros) de escogidas mercaderías.

—Si pudiéramos darle ese valor,—murmuró Lord Dick.

La humanidad es extraña: en medio de los mas vivos dolores y sentimientos, una palabra, un gesto, provocan una carcajada. Solamente que esta risa, es una risa extraña.

Sampsen tuvo uno de estos accesos de risa. Lord Dick exclamó:

—Cuánto puede valer esta tela?

—Diez reales la pieza de veinte y cinco varas.

—Y cuántas hay?

—Treinta piezas.

—Lo cual hace setecientas cincuenta varas... Toma, aquí tienes mil reales... otro tanto me quedará á mí, pero yo no estoy casado, ni soy padre, mi mercader...

—Milord...

—Bueno, bueno. Otro día me darás las gracias. Ahora vas á salir y con el dinero que te he dado vas á comprar toda la tela de envolver, de esta misma clase, que encuentres.

—Dios mío, y qué haré yo con eso?...

—Hé aquí lo que vas á hacer. Tu mujer medirá y cortará tres varas de ese excelente tegido, y tú los llevarás á casa de mi sastre, cuyas señas son estas.

Sampsen escuchaba con la mayor atención, pero mal-dito si entendía una palabra.

—No tengo la pretension de enseñarte tu oficio, continuó Lord Dick, pero te recomendaré que tengas gran abundancia de este género antes de cuarenta y ocho horas... y que sepas sacar partido de las circunstancias.

Sampsen prometió conformarse con las intenciones de su padrino.

Una hora no habia transcurrido y ya Lord Dick estaba en conferencia con su sastre, que habia recibido las tres varas de tan grosera tela.

—Justo Dios! Milord, qué quereis que yo haga con esto?

—Un pantalon.

El sastre quedó petrificado.

Lord Dick continuó:

—Cuidad que el pantalon esté mañana en mi casa antes de las doce.

—Pero, Milord...

—Tened presente que debo partir á las doce y media par las carreras de caballos del Ascot.

Y en efecto, Lord Dick asistió á tan aristocráticas carreras con su pantalon de tela de envolver. Ninguno de los *fashionables* que á ellas asistia pudo resistir un grito de admiracion y envidia ante aquella originalidad.

Durante un mes no se vió por Lóndres mas que pantalones de grosera tela de envolver.

Inútil decir que el sastre de Lord Dick no podia dar abasto á los pedidos que se le hacian, y como tenia orden de no comprar ni una vara de tela en otro almacén que no

fuera el de Sampsen, comprenderán mis lectores, que este supo sacar gran partido de los consejos de su padrino, restableciendo tan perfectamente sus negocios, que su almacén ha llegado á ser uno de los mas florecientes y elegantes de *Regent's street*.

SANSON.

LA FRASE DE UN HIJO

Jóven, honrada y hermosa

era la tierna Pilar,

pero dicen que á la par

fué siempre muy caprichosa.

Coqueta ya en la niñez,

el día que á un hombre se unió,

su coquetismo creció

con inmensa rapidez.

Despreciando los amores

que su casa le ofrecia

por doquier se le veia

luciendo galas y flores.

Su marido que cobarde

se humillaba ante su amor,

cuando comprendió su error

vió que era tarde, muy tarde.

Guiado por prudente mano

á su mal buscó remedios,

y usó de todos los medios

y todos fueron en vano.

Sus padres sencillos viejos,

viendo á su hija peligrar,

quisieronla aconsejar,

y ella no oyó sus consejos.

Mas cierto día en que el esposo

su conducta acriminaba

y los males le mostraba

de su proceder odioso,

Su hijo con mirada inquieta,

mientras gritaba su padre

vió en los labios de la madre

una sonrisa indiscreta.

Y con pueril frenesí

la miró fijo un momento,

diciendo con triste acento,

—¡Madre! ¿Por qué eres así?

Llena de tierno quebranto

la madre al hijo abrazó,

y en abundancia corrió

por sus mejillas el llanto.

Y desde aquel dulce instante

ella se sintió dichosa,

y fué inmejorable esposa

á la vez que madre amante.

Hoy con relato prolijo

dice á jóvenes y á viejos;

—Mas que todos los consejos

vale la frase un hijo.

E.

CUESTION DE SEXO

Hace algunos años me eché una novia; es decir, tenía una novia, porque no estoy muy seguro si fui yo quien me eché la novia, ó si fué ella quien se echó el novio: en fin, lo cierto es que yo tenía una novia.

No hay que decir que era bonita, pues basta saber que era coruñesa. En la Coruña no ha nacido una muger fea; lo digo yo, y yo sé lo que me digo. Las coruñesas tienen todas muy buenos ojos, y unos piés... unos piés que parecen plumas de acero; por eso casi todas se calzan en Madrid. Si yo pudiera las calzaria en Lóndres ó en Gibraltar, pero cómo yo no puedo entrometerme en los asuntos del vecino, las dejo que se calcen donde quieran, y prosigo mi relacion.

Sentado ya que en la Coruña no nacen mugeres feas, queda sentado tambien que mi novia era bonita; ¡vaya si era bonita! Como que tenía dos ojos que parecían cuatro, y era alta, esbelta, sumamente bien proporcionada, y elegante y airosa: con una sonrisa eterna, que jamás desaparecía de sus labios, de sus labios rojos y brillantes como el granate. En fin, caballeros, que era una prenda mi Marujilla.

Y estaba verdaderamente enamorado de ella: de tal modo me habia *chiflado*, como se dice en esta tierra de Maria Santísima, que hasta llegué á aprender la *muñeira*. Me parece que era la mejor prueba de cariño que podía darle.

Cuando la conocí llevaba unos zapatitos de charol escotados, muy escotados, con un lacito de seda negra, muy pequeño, y unas medias de hilo de Escocia rojas, pero con ese rojo de la sangre del toro. ¡Valientes zapatos y valientes medias!

Vamos que me *chiflé*, y ya no hubo escape para mí.

Sin embargo, me estuve defendiendo mas de un mes, pero á pesar de toda mi *diplomacia*, yo creo que ella me lo habia adivinado, porque eso sí, aunque una muger sea gallega y tenga la cara de *bobina*, se apercibe en seguida de que un hombre la quiere.

Pues como iba diciendo, durante mas de un mes me estuve defendiendo como un héroe; pero una noche, ¡ay que noche aquella! una noche entré en su casa: habia gran tertulia, ella estaba entre un grupo de jóvenes que la rodeaban.

Yo no sé qué cara pondria yo al ver aquel cuadro, pero bien espresiva debió ser, cuando Maruja se levantó poco despues, y se vino á donde yo estaba sentado con algunas amigas suyas y parientas, y como quiera que no hubiera silla en aquel sitio, se hincó de rodillas, prefiriendo aquella postura incómoda á volver al lugar que acababa de abandonar.

Aquello me decidió: era tan marcada la muestra de afecto y deferencia, que seguir callando hubiera sido un crimen de lesa amor.

Sucedió al cabo, lo que tanto temia; una noche la encontré en el teatro, y le solté la *habichuela*, pero me dió unas calabazas, como para mí.

Me quedé mas frio que un rábano!

Pero no habia que desanimarse: yo conocía que me demostraba algun afecto, y era preciso insistir. Insistí, pues, y al fin nos arreglamos.

Dos meses justos me habia tenido en jaque: el 7 de Enero me dió las primeras calabazas y el 7 de Marzo me decia que sí.

Vaya un par de mesesitos que pasé: si lo que trabajó mi imaginacion en aquellos sesenta dias no es calculable!

Si todo aquel ingenio y todas aquellas cavilaciones lo hubiera dedicado al comercio, estaba rico á estas horas.

Pero vamos á lo que importa.

Durante un año transcurrieron nuestros amores en calma y en gracia de Dios. Pero poco despues del año vino un asunto urgente y del mayor interés á separarnos. Así se hizo, puesto que no habia mas remedio, y empezó nuestra correspondencia. Correspondencia tenaz, insistente; con alevosía y ensañamiento: como que era diaria y en plieguecillo cruzado.

Confiesen ustedes, señores, que otros con menos motivo han ido á la cárcel.

Casi desde los primeros meses de nuestra correspondencia empleé una fórmula de despedida, que para ustedes parecerá *cursi*, pero que yo os aseguro que es muy usitada entre enamorados, y desafío al que no la haya empleado nunca, á que me tire la primera piedra. Decía así:—«Adios, ya sabes cuánto te quiere tu enamorado esposo:—Fulano».

Pues bien, ¿querrán ustedes creer que por mas que un dia y otro *reincidía* en este atentado, que diga en esta despedida, no conseguí ni una sola vez que ella escribiera las mismas frases?—Qué habia de conseguir; cualquier dia una muger por enamorada que esté y por gallega que sea y por *bobina* que tenga la cara, suelta semejante prenda. Eso se queda bueno para los *lilas* de los hombres.

Es cuestion de sexo.

MAZOURKA.

Y QUE SERIAN AGUDAS!...

Todos mis lectores conocerán á Milton, el gran poeta inglés, aún cuando solo sea de oídas, y cuyo magistral poema «El paraíso perdido»—*The lose paradise*,—ha bastado para inmortalizar su nombre.

Pues bien, Milton era ciego, lo cual no impidió para que se casase tres veces, con tres mugeres hermosísimas, segun cuentan sus biografos.

Su última esposa, que en nada desmerecía de las anteriores, tenía el génio fuerte y áspero, siendo un tanto discola, pero podían perdonársele estas condiciones por su notable belleza, y especialmente por su tez, que era finísima y suave como el raso, y de un color nacarado que causaba placer verla.

Un íntimo amigo de Milton, que lo visitaba con frecuencia, le dijo un dia:

—Vuestra muger tiene la frescura y el encanto de la fragante rosa.

—Así debe de ser, respondió Milton, mas yo como soy ciego, solo siento sus espinas.

PEPIN.

TORMENTAS DEL ALMA

La tempestad de la pasión la impide;

tiembla como las hojas del almece,

cuando al dejar los pájaros sus nidos

agitanse al caer.

Sus deseos la arrastran inconscientemente

a inesperada, placida región.

Se consume su alma, que la indigna

seguir en su temer.

Presente la copa del delirio

entre ensueños dulcissimi.

reconstruir le ofrece entre trances

para ella el edén.

Y el ángel protector de la pureza

que en su mísera pasión la mira,

las alas de su espíritu condensa

que sacude el amor.

El bien y el mal en su cerebro

salvando ambos luchan en vano.

Albidos pensamientos se agitan

y golpean su sien.

Como el nuevo torbellino

guarda trances de un ritmo al

tránsito y hondas repetición

dentro su corazón.

Vivir es padecer; oh desdichada!

¡Sueño en tus brazos el porvenir!

el ánimo se prueba entre combates

¡Miseria humanidad!

La veis llorar y queriendo sus

tristes sus labios lágrimas de fin.

de magnolia tronchada por la lluvia

¡Llora! ¡llora! ¡llora!

Del perdido candor el raso aroma

otro pecho anhela en el porvenir.

pasa en el abrumado la conciencia

de que es desdichada.

El ángel que guarda el paraíso

blanquea la espada en su mano.

mientras el viento levanta

el que truce.

embargado en el

al recuerdo dulce

sacrisio suyo.

Como la cometa estrellada

con sierpes, ponzoña

son del temerario

que acosa en tropel.

¡Cuán rápido es el instante de venida

que engendra tantas horas de vida!

Al día del placer, según de cerca

noches de esplendor.

El iris precursor de la bonanza

como podrá extinguiéndose

para dar de las almas opulencias

a las tormentas fin.

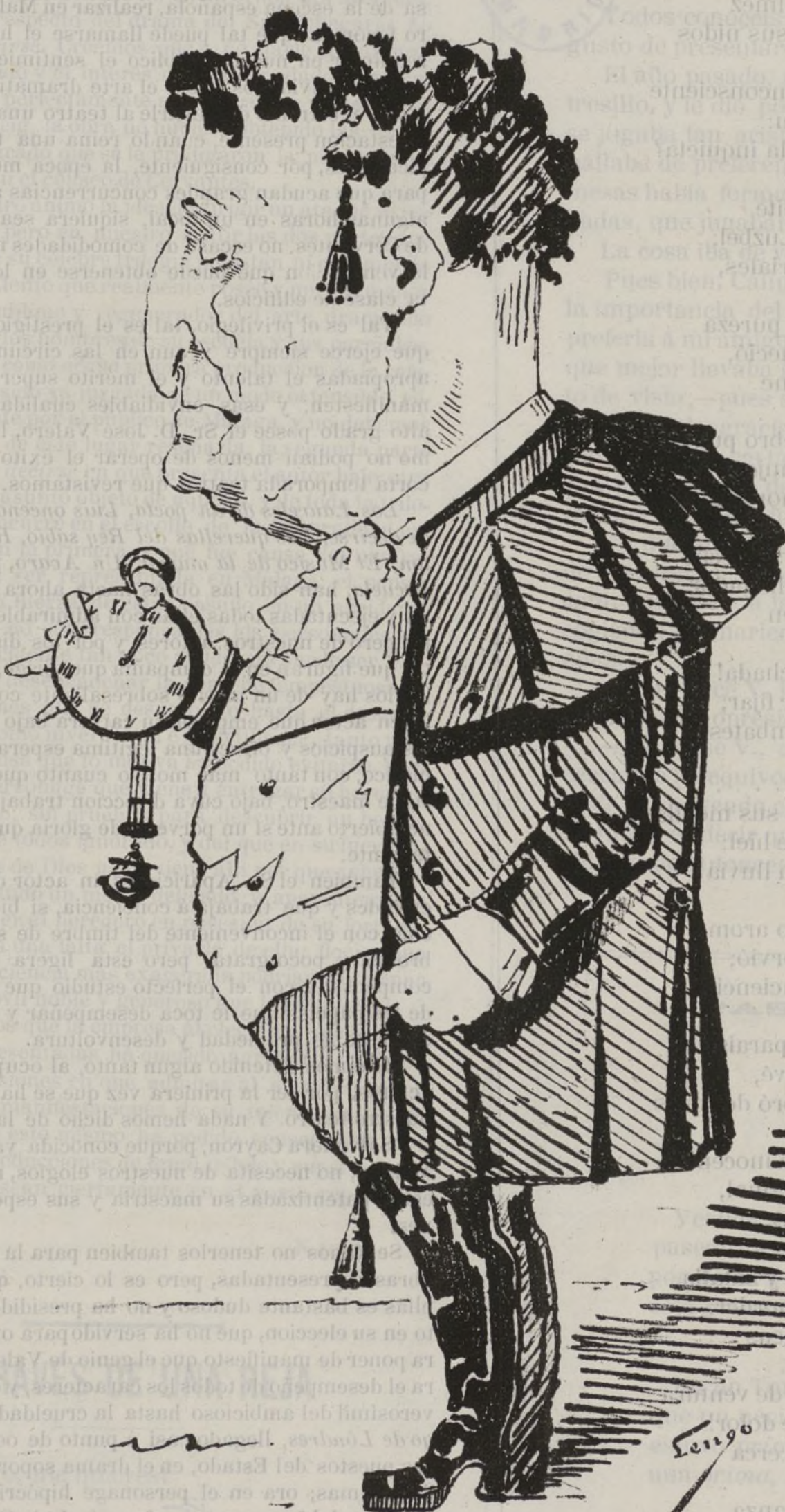
El espíritu siente en sus congojas

como se siente en la tormenta a Dios.

restablecer la calma y la ventura

que su condición.

UN VIEJO.



RICARDO DARLINGTON

NO VÉ AUN LA HORA DE RETIRARSE

TORMENTAS DEL ALMA

La tempestad de la pasión la impele;
tiembla como las hojas del almez
cuando al dejar los pájaros sus nidos
agitanse al caer.

Sus deseos la arrastran inconsciente
á inexplorada, plácida region:
se conmueve su alma, ¿qué la inquieta?

¿Es pueril su temor?

Preséntale la copa del deleite
entre ensueños dulcísimos Luzbel;
reconstruir le ofrece entre eriales,
para ella el eden.

Y el ángel protector de la pureza
que en su niñez pasada la meció,
las alas de su espíritu contiene
que sacude el amor.

El bien y el mal en su cerebro pugnan;
salvando abismos lucha la mujer;
híbridos pensamientos se amontonan
y golpean su sien.

Como el nuevo fonógrafo, su pecho
guarda frases de un ritmo alhagador,
súplicas y lisonjas repercuten
dentro su corazón.

Vivir es padecer ¡oh desdichada!
Suele un instante el porvenir fijar;
el ánimo se prueba entre combates.
¡Miseria humanidad!

.....
¿La veis llorar? quemando sus mejillas
rueda á sus lábios lágrima de hiel:
de magnolia tronchada por la lluvia
muestra la palidez.

Del perdido candor el grato aroma
otro pecho anhelante lo absorbió;
pesa en él abrumando la conciencia
de que es acusador.

El ángel que guardaba el paraíso
blandir la espada flameante vé,
mientras el yermo que sembró de rosas
extrema su aridez.

El que trocó en angustia la inocencia,
embriagado en su aliento virginal,
al recuerdo quimérico de goce
sacrificó su paz.

Como Laoconte esfuérsase y batalla
con serpientes, ponzoñosas al morder;
son del remordimiento las ideas
que acosan en tropel.

¡Cuan ráudo es el instante de ventura
que enjendra lentas horas de dolor!
Al día del placer siguen de cerca
noches de expiación

¿El iris precursor de la bonanza
como podrá extendiéndose lucir
para dar de las almas oprimidas
á las tormentas fin?

El espíritu siente en sus congojas
como se siente en la borrasca á Dios;
restablecer la calma y la ventura
puede su bendición.

UN VIEJO.

LA QUINCENA TEATRAL

Estaba reservado al Sr. Valero, á esa figura grandiosa de la escena española, realizar en Málaga un verdadero fenómeno que tal puede llamarse el haber conseguido reanimar en nuestro público el sentimiento y la afición un tanto olvidados hácia el arte dramático y reanimarlo hasta el extremo de llevarle al teatro una y otra noche en la estación presente, cuando reina una temperatura tropical, y es, por consiguiente, la época menos á propósito para que acudan grandes concurrencias á encerrarse por algunas horas en un local, siquiera sea como el Teatro de Cervantes, no escaso de comodidades ni exento de toda la ventilación que puede obtenerse en los salones de esta clase de edificios.

Tal es el privilegio, tal es el prestigio y la influencia que ejerce siempre y aun en las circunstancias menos apropiadas el talento y el mérito superior do quiera se manifiesten, y esas envidiables cualidades que en tan alto grado posee el Sr. D. José Valero, han operado como no podían menos de operar el éxito lisongero de la corta temporada teatral que revistamos.

Los *Laureles de un poeta*, *Luis onceño*, *Lo que no puede decirse*, *Las querellas del Rey sabio*, *Ricardo Darlington*, *El músico de la murga*, *Un Acaro*, y *El Maestro de Escuela*, han sido las obras hasta ahora puestas en escena y ejecutadas todas ellas con admirable maestría por el primero de nuestros actores y por los distinguidos artistas que figuran en la compañía que dirige, y entre los cuales los hay de un mérito sobresaliente como el Sr. Reig, joven actor que empieza su carrera bajo los mas brillantes auspicios y ofrece una legítima esperanza al arte dramático, con tanto mas motivo cuanto que al lado del insigne maestro, bajo cuya dirección trabaja y estudia, tiene abierto ante sí un porvenir de gloria que cultivará ciertamente.

También el Sr. Aparicio es un actor de excelentes facultades y que trabaja á conciencia, si bien tiene que luchar con el inconveniente del timbre de su voz, un tanto bronca y poco grata, pero esta ligera desventaja está compensada con el perfecto estudio que el artista hace de los papeles que le toca desempeñar y que representa con notable propiedad y desenvoltura.

Hémonos detenido algun tanto, al ocuparnos de estos actores, por ser la primera vez que se han presentado en nuestro teatro. Y nada hemos dicho de la primera actriz D^a Salvadora Cayron, porque conocida ya del público de Málaga, no necesita de nuestros elogios, máxime cuando estan patentizadas su maestría y sus especiales condiciones.

Sentimos no tenerlos también para la mayoría de las obras representadas, pero es lo cierto, que el mérito de ellas es bastante dudoso y no ha presidido el mejor acierto en su elección, que no ha servido para otra cosa que para poner de manifiesto que el genio de Valero es propio para el desempeño de todos los caracteres, y ora en el tipo inverosímil del ambicioso hasta la crueldad hijo del *Verdugo de Londres*, llegado casi á punto de ocupar los primeros puestos del Estado, en el drama soporífero de Alejandro Dumas; ora en el personaje hipócrita redomado y sombrío del feroz monarca francés *Luis Onceño*, reflejado minuciosamente con pasmosa verdad histórica; ora caracterizando el tipo de la sencillez noble y honrada en la descabellada comedia *El músico de la murga*; ya en los menores detalles del papel del despiadado D Rufo de la poco interesante obra *Un acaro*. Ya en fin en el protagonista de la chistosa pieza *El maestro de escuela*; el afamado artista encarna por decirlo así el pensamiento del autor, perfecciona la creación sumándole una multitud de minuciosos detalles y hace aplaudir entusiasta y ruidosa.

mente el carácter y el personaje que él representa, pero no la obra, cuyas demas escenas pasan desapercibidas y aun pasarán también las mismas que obtuvieron aplauso si fueran representadas por otro actor que Valero.

Estas reflexiones, aunque no en un orden tan absoluto, se nos ocurren respecto del drama del Sr. Echegaray *Lo que no puede decirse*. Creemos que á no darle á esta producción el colorido y el interés que le han dado la ejecución magistral y perfectamente armónica por parte de los Sres. Valero y Reig, la obra no hubiese obtenido las manifestaciones de agrado que se le prodigaron la noche de su representación en el coliseo de Cervantes.

Lejos de nuestro ánimo la idea de dirigir un ataque al señor Echegaray, pero en nuestro sentir las dos partes que lleva escritas de su célebre trilogía no están ni con mucho á la altura del talento que realmente posee y mucho menos á la del genio sublime y regenerador del arte dramático que le atribuyen los hombres de su escuela y sus parciales; *Como empieza y como acaba* primera producción de la referida trilogía, ha sido ya juzgada de un modo ostensible, sévera y justamente por el público de Málaga, y no debemos detenernos ni es de este lugar reseñarla; la segunda parte *Lo que no puede decirse* en que presenta el autor bajo otra fase el espinoso asunto objeto de aquella, y de toda la trilogía si bien no incurre en el escollo de la inmoralidad patente reflejada en la primera, y que fué causa del naufragio que sufrió al ser representada en Málaga; el pensamiento es falso á fuerza de estar basado en un accidente fortuito y de que no son responsables los personajes del drama, y este accidente tan poco sólido, no puede ser bastante eficaz para desencadenar la serie de tempestuosas y difíciles situaciones que se desarrollan hasta el desenlace, tan trágico como inverosímil é injustificado, tanto mas cuanto que la causa que lo motiva ha podido evitarse, bien rechazando al personaje que viene á entregar su herencia al hijo adulterino, sin pruebas para descubrir un hecho, aunque cierto, de todos ignorado, y del que en su fuero interno y á los ojos de Dios nadie tiene allí por que avergonzarse; bien buscando un medio delicado y aparentemente verosímil de poner al heredero en posesión de su fortuna, si se consideraba una falta el privarle de ella; ficción que ni Dios ni la conciencia mas exagerada podrían condenar en gracia del móvil noble y generoso que lo motivaba.

Comprendemos que la empresa al elegir los obras hasta la fecha representadas ha querido agradar al público ofreciéndole ocasiones en que admirar al afamado actor en las diversas manifestaciones de su talento artístico; pero ello es que esto mismo ha podido conseguirse acudiendo á otras producciones de igual índole y superior mérito, que no escasean ciertamente en el vasto repertorio del Sr. Valero.

NASCO.

9 Agosto 1878.

Á TRAVÉS DE UNA REJA

—Arturo, me quieres?

—Sí.

—No me engañas?

—No, mi Elisa:

te adoro con frenesí.

—Cuando nos casamos, dí?

—Niña, adios, que voy de prisa.

UN INTRUSO.



CALINO

Todos conocéis á Calino, á quien ya he tenido el gusto de presentaros.

El año pasado, poco mas ó menos, se aficionó al tresillo, y le dió por recorrer todas las salas donde se jugaba tan aristocrático juego, pero siempre se hallaba de preferencia en el Liceo, en una de cuyas mesas habia formada una partida de primeros espadas, que jugaban á duro el tanto.

La cosa iba de veras.

Pues bien, Calino prefería esta mesa á todas por la importancia del juego, y entre estos jugadores prefería á mi amigo S... porque en su concepto era el que mejor llevaba los naipes, y como Calino es corto de vista,—pues sabido es que Calino reúne en sí todas las desgracias,—tenia que arrimarse mucho para ver las cartas, pasando su cabeza por encima del hombro de S..., quien ya estaba cargado de aquella compañía.

Un día en que Calino estaba mas embebido que de costumbre, siguiendo el juego, con su cara unida completamente á la de S..., sacó este un pañuelo, y cogiendo las narices de Calino, comenzó á tirar de ellas.

—¿Qué hace V. hombre? gritó éste cuando pudo safarse de la opresión de S...

—Dispense V., amigo, pero como estaba V. tan cerca me he equivocado de nariz al sonarme, y cogí la de V. creyendo coger la mia.

Inútil es decir que Calino perdió la afición al tresillo desde entonces.

RALPH.

PASATIEMPO

CHARADAS.

1.ª

Vestida de *tercia* y *dos*
paseaba ayer Facunda
por Todo, y hoy, vive Dios!
está *primera* y *segunda*.

2.ª

En un Todo yo he leído
que un nécio, por una apuesta,
estuvo *primera* y *cuarta*
una *prima*, *dos* y *tercia*.

3.ª

De un gran semanario Todo,
hijo y nombre de mi tierra,
y que hace algun tiempo vió
la *dos* pública, con z,
hoy me han *tercia*, *prima* y *cuatro*
la décima-quinta entrega.

AUREA

NOVELA POR C.

(Continuacion.)

El amor fué el que, como á tantos otros, llevó la agitacion á su alma, sacándolo del curso apacible de su existencia; y es que el amor subyuga y arrebató hasta los caracteres mas linfáticos, moviéndolos á su antojo y capricho, ora con las dulces emociones del cariño correspondido, ora con las ingratas penalidades de la pasion desdefada.

Pero sea lo que quiera de cuestion tan abstracta é insoluble, es lo cierto que Eduardo se sintió mordido por el aspid ponzoñoso, y de entónces su existencia tomó un giro nuevo y distinto del que hasta allí habia llevado.

III

—Habíame examinado del quinto año de derecho,—comenzó á decir mi amigo,—y dispuesto mi regreso á la casa paterna: todo estaba listo para mi viage, y así, una noche salté á un carruage y me dirigí á la estacion del Mediodia.

Preparado con mi billete aguardaba en el salón de descanso que nos permitieran pasar al anden para ocupar nuestros asientos, cuando reparé en unas señoras que sentadas en el sofá, esperaban indudablemente lo mismo que yo.

Fué tal la impresion que me causó su vista, las tengo tan fijas en mi imaginacion desde aquel momento, que creo estarlas contemplando siempre.

Ya conoces mi carácter, así pues, no te estrañará si poetizo algun tanto mi narracion; sin embargo, puedo asegurarte que no hay exageracion en mis palabras, y que hasta el hombre mas frio y estoico se hubiera sentido conmovido á la vista de aquel grupo, que hablaba al alma con la voz poderosa del sentimiento.

Juzga si tengo razon. Una señora, jóven aun y de porte distinguido, vestida completamente de negro y envuelta en una capa ó abrigo de finísimo paño de igual color, parecia cuidar con maternal interés de una lindísima jóven, que sentada á su lado, dejaba vagar esa mirada errante de los seres superiores: esa mirada vaga, incierta, que partiendo del alma solo á ella dá cuenta de los sentimientos que recibe y experimenta.

Esta jóven se hallaba en esa edad indefnida en que se ha dejado de ser niña y aun no sé es muger: de esa edad *incolora*, si se me permite llamarla así, en que todo es vago, y en que las luchas de la vida se juzgan solo por las impresiones del momento: de esa edad en que todo es poesia, porque ni la duda ni el desengaño han derramado su funesta semilla en nuestro corazon: de esa edad en que las lágrimas y la sonrisa marchan unidas, ó se suceden con pasmosa frecuencia: en esa edad en que los efectos son todo y las causas nada; porque las causas son desconocidas, y la mente no tiene valor bastante pa-

ra investigarlas: de esa edad en que se ama y se aborrece por intuicion.

Habia entre ambas tal semejanza que sin gran esfuerzo se comprendia que eran parientas: quizá madre é hija.

La jóven era de una belleza notable: de una blancura diáfana y mate, y de cutis transparente, bajo el cual veíase circular la sangre: tenia una espresion de tristeza, que impresionaba vivamente. Su lindo sombrero de viage dejaba escapar dos negros rizos de cabello en forma de tirabuzon, que hacian resaltar mas su palidéz. Sus ojos, que eran rasgados y brillantes, estaban orlados de un tinte violeta, bastante pronunciado. Una tos breve y nerviosa, me confirmó mas en la creencia que ya habia formado de su enfermedad.

Un sudor frio inundó mi frente: veia tanta juventud próxima á extinguirse sin que los esfuerzos de la ciencia fueran bastantes á contener los rápidos progresos del mal. Comprendí el dolor de aquella madre que se encontraba amenazada de perder el ser mas adorado de su alma, y me sentí conmovido. Hubiera querido llevar un consuelo á aquella alma desgarrada por el temor, pero los consuelos humanos eran insuficientes: allí no cabia mas que la esperanza, y yo no podia llevarla, porque yo no la abrigaba ni creia en ella, y porque además yo era un extrangero que pudiera ser inoportuno antes que útil ó necesario.

IV

Las puertas del salon de descanso se abrieron y pasamos al anden.

Las vi dirigirse á un coche de primera, y traté de alejarme, pero en vano; una fuerza poderosa parecia arrastrarme hácia ellas.

—Yo me dedicaré á cuidarlas, me dije; yo trataré de amenizarles el viage por cuantos medios estén á mi alcance, y quizá les sirva de algun lenitivo mi presencia. Y como si este pensamiento me hubiera dado valor, penetré en el mismo wagon, dispuesto á sacrificarme por ellas, si preciso hubiera sido.

Inútil me parece referirte todo el viage: tú que me conoces á fondo lo comprenderás. En todas las estaciones me hallaban siempre dispuesto á servirles en cuanto apetecian: en Mengivar, donde almorzamos, las hice tratar con las mayores deferencias: siempre á su lado, mi mayor anhelo era complacerlas.

Así llegamos hasta Córdoba, donde tenian pensado detenerse unos dias, tanto para dar algun descanso á Aurea—que este era el nombre de la jóven,—cuanto para admirar las bellezas que encierra aquella Capital: escuso decirte que yo tambien me quedé.

Nos hospedamos en la fonda Suiza, en la que descansamos todo el dia, y al siguiente visitamos la Catedral, magnífico monumento, antigua mezquita árabe, admiracion de propios y estraños: en ella pasamos toda una mañana viendo sus preciosas capillas y riquísima sacristía, dotadas con soberbios cuadros y admirables esculturas.

(Continuará.)